

El acontecimiento de Lourdes: palabra y signo
Homilía de la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes. Capilla San Ramón (Tandil)
11 de febrero de 2009

Hoy se cumplen 151 años del comienzo de las apariciones de la Santísima Virgen en Lourdes. Desde el 11 de febrero hasta el 16 de julio, Bernadette Soubirous recibió la visita de María, contempló su belleza, escuchó su voz y asumió con devoción, en espíritu de obediencia, la misión que le fue encomendada. A partir de entonces, ese lugar, la gruta del macizo de Massabielle, se convirtió en un lugar santo, en el que se percibe la aproximación, la cercanía del cielo con la tierra. El acontecimiento que ha sido acogido en el año cristiano para ser celebrado en la liturgia, tiene tal densidad teológica y espiritual que invitan a profundizar cada vez más en su sentido y en la comprensión del mensaje que continúa transmitiéndose con perenne actualidad.

Conviene, ante todo, que nos detengamos brevemente a recordar los hechos. Aquel jueves 11 de febrero de 1858, Bernadette, que había ido al lugar con dos compañeras a juntar leña, oyó un ruido que llamó su atención, y vio que el hueco de la roca se llenaba de luz, de una luz suave e intensa a la vez. De inmediato, *algo* se manifestó. En sus declaraciones, la niña iría perfilando poco a poco la identidad de la aparición: al principio se refirió a ella diciendo *eso* (*aquero*, en el dialecto de la región); luego la designaría *la joven* (o la doncella) y finalmente *la Señora*. Rodeada de un halo luminoso, se presentó ante ella una muchacha, o más bien una niña aproximadamente de su misma altura, vestida de blanco con una faja azul, con los pies desnudos sobre el musgo y cubiertos por dos rosas amarillentas, como de oro. En sus manos tenía un rosario. Fue solo un primer encuentro, silencioso. Durante toda su vida, Bernadette quedó decepcionada ante cada intento de reproducir la belleza inefable de lo que vio aquel día; ninguna imagen, de las muchas que le presentaron en diversas ocasiones, podía traducirla adecuadamente.

De las dieciocho apariciones, varias fueron silenciosas: momentos de simple contemplación, de comunión del tiempo con la eternidad, de la tierra con el cielo; de todas maneras, los mensajes fueron siempre breves y las palabras pocas, esenciales. En la tercera aparición María habla por primera vez para invitar a Bernadette a ir durante quince días a la gruta. En ocasiones sucesivas le enseña oraciones, le pide que rece por los pecadores y le comunica secretos con la prohibición de comunicarlos (curioso contraste con el caso de tantos que incomodan al prójimo atribuyéndose la misión de comunicarles mensajes divinos). Le hace practicar también algunos actos penitenciales, y repetir esta palabra capital en el conjunto del mensaje: *ipenitencia! ipenitencia! ipenitencia!* En el centro del esquema temporal de las apariciones se ubica el signo de la fuente: el manantial que surge ante la orden de María de ir a beber y a lavarse en él. La fuente sigue manando y es quizá el elemento más significativo de la peregrinación a Lourdes. El 2 de marzo la Virgen le confía a Bernadette una misión: debe decirle a los sacerdotes que hagan edificar allí una capilla y que se vaya en procesión al lugar. El párroco, Monsieur Peyramal, le insistía para que preguntara a la aparición su

nombre. En el tercer encuentro, el 18 de febrero, Bernadette le ofreció papel y una lapicera para que lo consignara por escrito, pero Maria respondió: *No es necesario*. Sin embargo, el 25 de marzo, fiesta litúrgica de la Anunciación, la Virgen revela su nombre, siempre en el lenguaje usado comúnmente en la región: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. La última aparición, también silenciosa, fue el 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen. Bernadette comentaría después: *Nunca la vi tan bella*.

El mensaje que brota del acontecimiento de Lourdes tiene el sello del Evangelio, y sigue su lógica. Es elegida como testigo una chica de trece años, pobrísima, iletrada, enfermiza, insignificante a los ojos del mundo. Su testimonio es de una pureza, de una transparencia irrefutable; ella se mantuvo con una fortaleza y una serenidad impropias de su condición ante las presiones y amenazas con que pretendían hacerla desistir y desbarató con simplicidad los numerosos intentos de confundirla. Se cumplió así la palabra gozosa de Jesús: *Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido*(Lc. 10,21). La vida posterior de Santa Bernardita ratificó aquellos inicios con absoluta coherencia y fidelidad; no se dio aires de protagonista, pero brindó su testimonio sencillamente y hasta el fin.

El mensaje propiamente dicho consiste en pocas y breves consignas y en el signo elocuente del manantial. Se resume en esta orden: hay que rezar y hacer penitencia por los pecadores. Resuena en esta invitación, en este propósito, como un eco, la predicación de Jesús y de los apóstoles: *conviértanse y crean en el Evangelio* (Mc. 1,15); *conviértanse...para que les sean perdonados los pecados* (Hech. 2,38). En Lourdes la Iglesia a sido urgida a concentrarse en su misión esencial: comunicar la gracia de la salvación, recuperar para Dios, mediante la oración y la penitencia, a sus miembros pecadores y arrebatarse a los hombres, mediante esos mismos gestos, del dominio del príncipe de este mundo. Este mensaje responde a una visión sobrenatural de la historia y de la sociedad humana, cuyo estado real, su verdadera situación, no puede ser explicada exhaustivamente con una mirada sociológica, cultural o política. El misterio del pecado, la hondura del pecado, desempeña un papel que no se puede ignorar en la dialéctica de los acontecimientos humanos; su influjo sólo puede ser contrarrestado y superado por el poder de la gracia, por aquel que *se manifestó para destruir las obras del diablo* (1Jn.3,8). El mensaje de Lourdes nos compromete a rezar y a hacer penitencia por nuestros pecados y por los pecados del mundo. El cumplimiento de ese compromiso es un ejercicio de fe, de la victoria que triunfa sobre el mundo, nuestra fe (cf. 1Jn. 5,4). La apariencia inerme de la fe triunfa sobre el mundo. Cuentan que Stalin, alardeando del poder militar soviético y a propósito de una posible intervención de la Iglesia, dijo con ironía: "¿Cuántas divisiones tiene el papa?". Valga a propósito la exclamación del Salmista: *Unos confían en sus carros, otros en su caballería, nosotros invocamos el nombre del Señor Dios nuestro* (Salmo, 19,8).

La apertura de la fuente y la invitación a beber y a lavarse en ella es un signo de la gracia que purifica y calma la sed, que sana las almas y los cuerpos. En este signo se torna sensible y siempre actual el poder de Cristo que perdona y

restaura, de Cristo, que dijo a la samaritana: *el que beba el agua que yo le daré, nunca más va a volver a tener sed; el agua que yo le daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna* (Jn. 4,14). Es una especie de sacramental de la conversión que se corresponde, en el registro simbólico, con la predicación de la penitencia. Al evocar la eficacia de la gracia, la fuente nos recuerda la gratitud de la salvación y es un a apelación a nuestra humildad, a la esperanza, a la alegría.

El acontecimiento y el mensaje de Lourdes se resumen en la revelación de la Inmaculada, que vino a ilustrar la identidad de María proclamada cuatro años antes como dogma de fe católica por el Beato Pío IX: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. En esta manifestación se expresa el contraste del pecado con la Virgen sin mancha. En el curso de la cuarta aparición, el demonio, que *es el pecador desde el principio* (1 Jn. 3,8) reconoció la presencia que hacía retroceder su dominio y gritó desde la orilla del río: ¡Vete, vete! María se presenta con la apariencia de una niña, de una talla aproximada a la de Bernadette, en el fresco esplendor de la juventud. Es la Virgen *más joven que el pecado*, que exhibe el fruto de la redención, la recreación escatológica del paraíso, Designar a María como la Virgen más joven que el pecado, fue una feliz ocurrencia de Georges Bernanos en su *Diario de un cura rural*.

Es notable que algunos católicos no entiendan qué significa la Inmaculada Concepción de María, y que la confundan con la Encarnación, es decir, con la concepción virginal de Jesús. Ocurre todavía hoy, como ocurría en 1905, cuando León Bloy se admiraba y quejaba de ello en *El invendible*, uno de los tomos de su Diario. Escribía allí: *No hay misterio que Dios haya ocultado con mayor cuidado. "La Inmaculada Concepción, me ha dicho un alma privilegiada, es el Peso de la Cruz". Este privilegio de María ha sido, como todo lo demás, pagado por Jesús: pero es el que más le ha costado. Por eso es tan difícil comprenderlo... Cuando se habla de la Inmaculada Concepción, no se sabe ya lo que la Iglesia dice, más aún, no se quiere saber, y recomienza la Babel. ¿Qué puede importarle al demonio perder lo demás, si gasta esto?. La Inmaculada Concepción es el Misterio de los misterios reservado para el Fin, es el Cantar de los Cantares, es la Pasión, es la Resurrección, es la Ascensión, es Pentecostés, es las Diez persecuciones y las Diez Cruzadas; es, en cierto sentido, Napoleón, es el Juicio Universal... Mucho he pensado en la Inmaculada Concepción, y he deseado ser el Testigo, el Mártir, y el Megalomártir de la Inmaculada Concepción, que los cristianos desconocen, y que ignoran sobre todo los peregrinos de Lourdes. Y remata así su alegato: Cuando la aparición de Lourdes ha dicho: "Yo soy la Inmaculada Concepción", es como si hubiera dicho: "Yo soy el Paraíso terrenal".*

Haremos bien en pedir al Señor que nos conceda la comprensión espiritual de este misterio, más allá del estudio teológico que podemos emprender de las fuentes y explicaciones del dogma. Podemos pedírselo a María, e intentar una intelección cordial del mismo en el acercamiento a ella, en el trato de amor filial y confiado, en el rezo del rosario y en la práctica de las sencillas devociones marianas. Y que en ese amor podamos alegrarnos con ella, regocijarnos a causa de ella (cf. Is. 66,10), con la esperanza de participar en ese misterio de la Inmaculada ya que en él se señala también nuestro destino. Así parece sugerirse en la doxología que cierra la

Carta de San Judas: A aquel que puede preservarlos de toda caída y hacerlos comparecer inmaculados y llenos de gozo en la presencia de su gloria, al único Dios que es nuestro Salvador, por medio de Jesucristo nuestro Señor, sea la gloria, el honor, la fuerza y el poder, desde antes de todos los tiempos, ahora y para siempre. Amén.

+ Héctor Aguer
Arzobispo de La Plata